

Contestación del Lic. don Guillermo Vargas Calvo

Sr. Director de la Academia Costarricense

Señores Académicos

Señoras y señores:

Las hermosas palabras que acabamos de escuchar y que ha pronunciado con tanta elegancia y convicción nuestro distinguido compañero el nuevo Académico señor Cardona, vienen a confirmar sencillamente cuán feliz acierto tuvimos hace pocos meses al elegirle para que, con la ratificación ya obtenido de la Real Academia Española y con la dignidad y méritos que a él le caracterizan, ocupe en la asociación correspondiente de aquélla en Costa Rica, la plaza que a su muerte dejó el ilustre Profesor don Carlos Gagini.

Tan bello como justo es el elogio que en bien nutridos párrafos ha hecho el recipiendario, de la personalidad de su gran antecesor; y nosotros todos lo compartimos ampliamente, con el más puro culto mental y con el más devoto sentir de nuestros corazones de costarricenses. El señor Gagini era, en efecto, un tesoro inapreciable para esta patria, por su honda sabiduría filológica y por sus muchas y claras virtudes de hombre, de ciudadano y de educador. Afiliado siempre en puesto de avanzada a las huestes bienhechoras que, con la razón y el verbo por armas, luchan en pro del mejoramiento moral e intelectual, el Maestro inolvidable agotó las poderosas energías de su vida en el servicio de los altos intereses de nuestra cultura y nos legó el rico patrimonio de su ciencia, que en textos didácticos y en obras literarias de diverso género, así como en publicaciones de la prensa y en conferencias magistrales, pasa a la posteridad como legítimo monumento de su gloria, tras de haber sido luminoso venero de conocimientos para las varias generaciones a las cuales desde la cátedra o desde la tribuna, desde el libro o desde el periódico, impartió el señor Gagini de viva voz sus pródigas enseñanzas, junto con el ejemplo estimulante de su idealismo patriótico y pugnaz.

Su amor fiel y profundo por el idioma materno, su incansable labor de largos años encaminada a conservar y depurar en el solar nativo la fecunda y sonora habla hereditaria de la Madre España y a estudiar técnicamente los usos y giros nuevos de nuestra gente, para promover luego y defender su incorporación al léxico común del vasto imperio espiritual a que los pueblos de América pertenecemos,—son en el cúmulo de sus vastas actividades las que más se destacan, sin embargo, cuando contemplamos el cuadro de conjunto de existencia tan útil, tan esforzada y tan sana como la del señor Gagini. Dicho esto, estaría por



demás expresar en palabra tan poco eficiente como la mía, la trascendental significación que la pérdida de aquel noble intelecto entraña para nuestra modesta Academia y el anhelo que nos mueve en todo instante y de modo especialísimo en este solemne acto, a tributar a su memoria venerada el más sentido homenaje de nuestra estima y de nuestro respeto sinceros.

El señor Cardona, como adalid de la misma cruzada generosa en que todos los países de lengua española están interesados, para mantener su unidad ideal mediante el lazo sacro del idioma, nos declaró hace un momento su fe en la trascendencia inmediata y lejana de la magna obra en que su predecesor puso tanto empeño: obra en la cual el ilustrado Académico que hoy se incorpora a nuestra institución va a prestar, sin duda alguna, valioso contingente, dándole nuevo relieve a sus indiscutidas dotes y actividades.

Fuera de los laureles que en horas de juventud ornaron su lira de inspirado cantor de la belleza y de sus numerosas y siempre plausibles publicaciones sobre temas de actualidad, dos de sus obras de aliento serían credencial bastante, de que otros carecemos, para figurar con honra, justicia y provecho en el seno de esta Corporación.

“El Primo” y “La Esfinge del Sendero” son, en efecto, irrefutables pruebas y testimonios vivos de la elevación intelectual y literaria del señor Cardona y síntesis de su genuina personalidad de escritor y de pensador de altos vuelos. Ellas nos dicen en rotundos conceptos cómo y cuánto el señor Cardona conoce, comprende y domina el difícil arte de la novela, que en él se nos presenta como un privilegiado don de la naturaleza, tales son de verdaderamente orgánicas y reales sus tesis y motivos, de espontánea la elaboración del pensamiento central de cada una de ellas, de flúido y pintoresco el estilo, de móviles y vibrantes las escenas y personajes, de armónico el conjunto, de oportuno y feliz el detalle grande o pequeño, de hermosa la perspectiva panorámica de sus cuadros y de las ideas que contienen y que con luz fuerte y saludable o con discretos claroscuros exhiben o dejan entrever paso a paso ante la mirada interna del lector, el trabajo fino y amoroso del artista, la combustión plena y viril de su pujante espíritu creador.

Hay así en “El Primo” y en “La Esfinge del Sendero”—ganadora esta última de premio en concurso continental del Ateneo Hispano Americano de Buenos Aires—sobrados títulos justos para considerar al señor Cardona como una de las más definidas y espectables personalidades literarias nuestras y para tenerle, tal como se le tiene dentro de las fronteras patrias y afuera de ellas, en calidad de uno de los más originales, auténticos e interesantes cultivadores de la novela regional en el Mundo Nuevo.

En esas primicias del distinguido novelista costarricense, que son anuncio grato de futuras cosechas de ese género, con las que logrará mayor lustre aún para su nombre y para nuestras letras, tan necesitadas de contribuciones pingües como las suyas anteriores,—palpita el alma americana libre y joven, soñadora y visionaria, en la gasa sutil de la palabra hispánica, que cubre como divino velo de infinitud, de resplan-

dor y de grandeza, así el pensamiento prócer de los hombres y de los genios de la Península Madre, como el idealismo primaveral y potente de las democracias de América, de estas hijas tropicales e inquietas de la Vieja Patria para quienes es deber de lo alto, deber de la eternidad y de la historia, no dejar ponerse jamás en el mundo el sol de nuestra habla, suprema luz de nuestra conciencia y de nuestra vida moral y material entera, ayer, hoy, mañana y siempre.

Quienes como el señor Cardona creen en el amplio porvenir de nuestro nacionalismo intercontinental y con actos intelectuales como los por él realizados ya, concurren prácticamente a su mantenimiento y constante promoción,—son soldados de vanguardia en tan ingente conquista. Junto a él quedamos desde ahora los miembros de esta Academia, identificados totalmente en los conceptos y propósitos que su importante discurso enumera y llenos de regocijo al dar por cumplido el trámite reglamentario de su recepción.

